

El desafío de pensar prospectivamente las ideas Notas para un debate*

Challenges of thinking prospectively about ideas
Notes for a discussion

Andrés KOZEL**

Resumen: El ensayo presenta un conjunto de elementos orientados a delinear enfoques y herramientas aptas para encarar ejercicios de prospectiva de las ideas en América Latina. Lo hace explorando tres caminos: el primero llama la atención sobre cierta tradición latinoamericana de conocimiento anticipatorio (aunque no sobre ideas), destacando tres denominadores comunes que cabría recuperar; el segundo abre una interrogación sobre las transformaciones que vienen teniendo lugar en el lenguaje; el tercero invita a ejercitar el pensamiento analógico en un sentido especial, capaz de integrar a la discusión la dimensión de “lo inesperado”.

Palabras clave: Conocimiento anticipatorio, analogía, futuro, prospectiva eidética

Abstract: The essay presents a set of elements aimed at outlining approaches and methodological tools that are suitable for undertaking exercises in the prospective of ideas in Latin America. It does so by exploring three paths: the first draws attention to a certain Latin American tradition of anticipatory knowledge (not about ideas), highlighting three common denominators that could be recovered; the second opens a questioning on the transformations that have been taking place in language; the third invites to exercise analogical thinking in a special sense, capable of integrating the dimension of “the unexpected” into the discussion.

Keywords: Anticipatory knowledge, analogy, future, eidetic foresight

Recibido: 29 de julio de 2022 Aceptado: 20 de octubre de 2022

Propósito

Fuera de contadas e incidentales excepciones, los ejercicios de prospectiva de las ideas no constituyen una práctica frecuente en nuestro ámbito. Es probable que cierto predominio del enfoque historiográfico, con su respeto por las fuentes y demás circunspecciones conexas, inhiba la inquietud de explorar futuros, como también, a veces, la de pensar presentes.

* Versión revisada de la intervención del autor en el Panel de apertura de las XI Jornadas de Estudios de las Ideas “Prof. Javier Pinedo”, Santiago de Chile, 2021.

** Argentino. Doctor en Estudios Latinoamericanos. CONICET-UNSAM. Email: <akozel@unsam.edu.ar>

Sin embargo, futurizar puede ser una práctica saludable si se hace bien, lo cual supone partir de la premisa de que no se trata tanto de acertar pronósticos cuanto de poner la imaginación en marcha con vistas a conocernos y problematizarnos a nosotros mismos y a nuestro presente. Porque ambos —nosotros y nuestro presente— somos, también, lo que todavía no somos, lo que quisiéramos (y lo que no quisiéramos) ser. Al menos en ese específico sentido cabe sostener que el futuro *existe*.

En esta comunicación quisiera presentar un conjunto de elementos orientados a delinear enfoques y herramientas metodológicas aptas para encarar ejercicios de prospectiva de las ideas en América Latina.

El “futuro”, objeto singular

Cabría sostener que el futuro, y muy especialmente el futuro *humano* —el cual es, por definición, social y está, por eso mismo, en constante disputa— no puede conocerse ni, tampoco, en sentido estricto, anticiparse. En la misma línea se podría proseguir diciendo que, cuando se dice que se estudia el futuro, lo que se hace en realidad es estudiar representaciones sobre el futuro —pasadas o presentes—, pero en ningún caso el futuro *como tal*. Todavía en la misma línea, se podría sostener que en cada ejercicio de anticipación inevitablemente se plasman, más o menos sistemáticamente, más o menos persuasivamente, las representaciones que sobre el futuro detenta/n quien/es lleva/n a cabo la futurición y, muy centralmente en una buena parte de los casos, el actor que la ha encomendado y —punto clave— financiado. No cualquiera predica sobre el futuro y no todas las prédicas son escuchadas de igual manera. Hay una conexión estrecha entre futuro y poder.

Nada de lo antedicho es, por supuesto, demasiado novedoso. Sin embargo, no conviene ceder tan rápido a la tentación de adscribir a una concepción unilateralmente instrumental del conocimiento de anticipación. La prospectiva, los estudios de futuro, tienen bastante de saber ventrilocuizado, pero a veces pueden evitar en parte ese destino. No necesariamente por la vía de alguna defensa poco meditada de la “neutralidad valorativa” —que con frecuencia es también coartada legitimadora de futuros diseñados a medida—, ni del culto a alambicamientos procedimentales de escasa significación, pero pueden hacerlo.

Hay caminos alternativos, o potencialmente alternativos, que interesa explorar. Quisiera mencionar ahora tres, con el propósito, no de cerrar la cuestión, sino de abrirla. Advirtiendo, desde el inicio, que las consideraciones que siguen son poco más que un esbozo provisional: adentrarse, como haremos ahora, aunque más no sea unos pasos, en estos temas, es algo bastante intimidante; solo puede hacerse “entre amigos” y en el entendido de que el ejercicio posee alcances casi exclusivamente lúdicos.

Nuestra tradición anticipatoria

El primer camino a explorar tiene que ver con recuperar la mejor tradición latinoamericana de conocimiento de anticipación. Pensemos, por ejemplo, en *Nosotros, mañana* de José Luis de Ímaz (1968), en los notables aportes de Óscar Varsavsky (1971), en las futuriciones de Darcy Ribeiro (que se adentraron en registros variados) (1973, 1984), en los clásicos estudios dirigidos por Amílcar Herrera (2004 [1977] y 1994).¹

¹ Véanse también Kozel y Pereira da Silva (2022); Devés y Kozel (2018: cap. 9); Kozel y Patrouilleau (2016).

¿Qué denominadores comunes cabría identificar en esa tradición? Podría hablarse, quizá, de una *triple disposición*. La primera tiene que ver con el hecho de asumir que el conocimiento de anticipación opera desde y para una *orientación normativa*. Esto equivale a perfilar futuriciones vertebradas a partir del delineamiento apriorístico de un determinado escenario deseable. Tales horizontes pueden ser fundamentados filosóficamente acudiendo a una tradición, pronuncemos la palabra, *propia* de reflexión en torno a la utopía, la función utópica y el pensamiento alternativo (véase Roig y Biagini, 2008).

La segunda disposición alude a privilegiar un *abordaje estructural y multiescalar*, explicitando en forma razonada la totalidad de los eslabonamientos argumentales implicados. Por esta vía, emerge la necesidad de aproximarse a una mirada emparentada con el enfoque de los sistemas complejos, estableciendo diálogos con las demás ciencias, sociales y no, y sobre todo, con las más vinculadas a la dimensión tecnológica, admitiendo que, en ese terreno, lo más novedoso o disruptivo no siempre es lo socialmente necesario. Además de los antecitados, aquí podrían mencionarse también otros varios nombres: en este contexto pandémico y pospandémico hemos recordado especialmente el de Rolando García; ese camino suyo que fue de la noche de los bastones largos a *Sistemas complejos* (García, 2006), pasando por el vínculo con Jean Piaget y por *Nature pleads not guilty*.

La tercera disposición se refiere a la *problematización implacable del entero artificio*. En varios de los ejercicios de la tradición a la que estamos aludiendo despunta la saludable práctica de “mostrar las cartas” implicadas, reconociendo tanto los alcances como los límites de las futuriciones. Esto puede apreciarse en un lugar tan especial como las disquisiciones con las que se abre el (semi)lúdico ensayo darcyano titulado “Venutopías 2003”. Pero también en las fundamentaciones varsavskianas o en el matiz polémico que orientó la iniciativa del Modelo Mundial Latinoamericano, también llamado Modelo Bariloche —en este caso, es importante tener también en cuenta las valiosas consideraciones retrospectivas de los protagonistas, quienes han seguido echando luz sobre el contexto específico del ejercicio y, por tanto, sobre sus sentidos y proyecciones.

Fruto del movimiento desgarrado, no acumulativo y por momentos pendular de nuestra historia política, la tradición latinoamericana de estudios de anticipación es una tradición tan valiosa como interrumpida, trunca, hecho que ha afectado mucho su sedimentación. Es por ello que parece ser un trabajo de Sísifo el de promover entre nosotros anticipaciones enlazadas a una orientación normativa crítica, es decir, a proyectos de transformación social genuinos. Dicho esto, es de la mayor importancia recordar que los estudios anticipatorios recién evocados se han ocupado muy escasamente de las ideas, y que, cuando lo han hecho, ha sido de manera indirecta, esto es, bosquejando consideraciones generales sobre las esferas de la cultura y los valores.

Una primera pregunta emerge aquí: ¿es posible pensar el futuro de las ideas apropiándose de esa tradición nuestra de estudios prospectivos crítico-normativos? Vamos a suponer que sí, es decir, vamos a suponer que es efectivamente posible hacer anticipaciones sobre la vida de las ideas con base en la triple disposición señalada: orientación normativa, abordaje estructural y multiescalar, ánimo de problematizar el entero artificio. En tal caso, la primera pregunta que deberíamos encarar sería la siguiente: ¿cuál podría ser hoy el escenario futuro deseable en materia de ideas para América Latina?

Por supuesto, está completamente fuera de mis posibilidades caracterizar, de manera unipersonal y ultra condensada, ese escenario deseable. La tarea debiera procesarse a través de un paciente proceso colectivo. Solamente voy a enunciar cinco rasgos que, según imagino, personas afines a los puntos de vista que venimos comentando probablemente tomarían en consideración:

- i. Autonomía
- ii. Densidad/riqueza/espesor
- iii. Diversidad
- iv. Impacto
- v. Eticidad

Podrían emplearse otras palabras para aludir a los rasgos; alguien podría agregar alguno o sustraer otro. Como sea, lo importante en un estudio así sería ejercitar colectivamente la capacidad de “operacionalizar” esas dimensiones en racimos de variables a las que se le pudiera asignar algún valor en relación con el cual el tiempo presente signifique un “menos”.

Desde un enfoque así, las preguntas subsecuentes serían: ¿qué tendría que suceder para que logremos aproximarnos a un escenario con tales características? ¿qué podríamos hacer para promover que ello suceda? ¿qué otros escenarios podrían emerger de darse otras combinaciones de factores?

Y, desde luego, en este nivel sería preciso cultivar de manera decidida el abordaje estructural y multiescalar. Es cierto que, en estos tiempos de especialización minimalista, la pretensión de que un investigador, o un equipo de investigadores, sea capaz de “saber tanto” sobre una urdimbre tan compleja de variables puede parecer una ingenuidad. Sin embargo, ése es el desafío que plantea este tipo de saber anticipatorio. Cabría argüir que se trata de una manía inconducente o baladí. Pero, también, que permitirnos imaginar un escenario deseable, buscando precisar qué tendría que suceder para que nuestras sociedades se aproximen a él, puede constituir una nada desdeñable guía o brújula práctica. Preguntaríamos, entonces, qué tendría que suceder para que, para emplear el lenguaje de Eduardo Devés, nuestros “ecosistemas eidéticos” sean más autónomos, más ricos, más diversos, tengan impacto y satisfagan parámetros exigentes de eticidad.

Las palabras y las épocas

La segunda vía a explorar tiene que ver con pensar qué nos dicen los lenguajes actualmente disponibles sobre el futuro y, en particular, ciertas expresiones culturales —tanto las que acuden al lenguaje verbal como aquellas que lo hacen en forma complementaria o que directamente no lo hacen: ensayo, literatura, cine, comic, artes visuales, música.

¿De qué está hecha la imaginación futurista? ¿Hay denominadores comunes en las pertinacias y neologismos expresivos por medio de los cuales intentamos captar el futuro? ¿Qué nos dicen sobre los futuros posibles latinoamericanos? ¿Qué nos dicen sobre “la vida de las ideas”?

Resulta del mayor interés examinar las palabras “cargadas” de futuro que se tornan centrales en los medios masivos, en la dinámica política y social, en los debates académicos. Ver cómo se relacionan entre sí, formando “racimos”, para acudir otra vez a una expresión de Eduardo Devés. Racimos y, también, polaridades.

En los últimos años han emergido vocabularios profusos relacionados con la cuestión ambiental y con los avances tecnológicos. Pensemos en una noción como Antropoceno, y en otras que buscan cuestionarla, como Capitaloceno (Jason Moore) o, incluso, Chthuluceno (Donna Haraway). Pensemos en una noción como Arte planetario. O en un “elemento compositivo” como ciber-, o en expresiones como goglear, *Big Data*, algoritmo. O en palabras como posorgánico, poshumano, transhumano. O criptomonedas. O edición génica. O *fake news*. O posverdad. Nada de esto es

trivial para quien desee futurizar sobre ideas: ¿cuáles serán sus “soportes”? ¿cómo circularán? ¿de qué manera se articularán los debates?

Ha emergido, también, un novedoso y potente vocabulario asociado con los feminismos y las diversidades. Muchos/as ven allí, en la actividad promovida por tales movimientos —actividad que obviamente incluye lo eidético, rebasándolo— motivos para renovar las esperanzas. La relevancia de significantes como #Ni una menos, #Ni una más, #*Me too* y otros de singular energía está fuera de discusión. En algunos países, las demandas en torno a tornar más inclusivo el lenguaje han cobrado notorio impulso.

Ha emergido, también, un vocabulario enraizado en las dinámicas asociadas al tráfico y consumo de drogas. En este punto es difícil no recordar a Sergio Bagú —otro despedido por los bastones largos—, quien, hace ya cincuenta años, advertía sobre las estrecheces de unas ciencias sociales daltónicas o miopes, cuyo campo de observación se limita(ba) a caracterizar el ámbito de “lo legal”, dejando zonas enteras de la realidad fuera de consideración: ¿cuán genuinamente científico podía ser “pensar” a gánsteres y mafiosos como si estuviesen al margen de las clases sociales, interrogaba en su tiempo (Bagú, 1970)? Es cierto que en las últimas décadas ese “inframundo” en particular se ha vuelto cada vez más visible, deviniendo incluso su vocabulario y su “estética” referenciales en varios sentidos.

Más recientemente aún, ha adquirido centralidad un vocabulario específico asociado a la pandemia de Covid-19, a los virus, las enfermedades, los contagios, los cuidados y las curas. No es que los futurólogos nunca hayan tomado en cuenta esa dimensión (véase Reese, 2019: 63-64), aunque es también cierto que, para muchos, la pandemia de coronavirus fue lo que en el conocimiento anticipatorio suele designarse como “cisne negro”. Y más recientemente todavía, en estos días que ahora mismo vivimos, cobra relevancia un vocabulario específico sobre la guerra, claramente portador de futuridad: guerra híbrida, guerra cognitiva...; imaginemos lo que podría suceder con el lenguaje, con las ideas, si el conflicto actual ingresase en una fase que involucrara el uso —táctico o no—, de armas nucleares o el uso de armas posicionadas en la órbita del planeta.

¿Qué pueden estar diciéndonos estas emergencias, digámoslo así, sincronizadas? Prefijos y sufijos por doquier, el paraíso del lingüista. La escala geológica, incluso cósmica, aludidas. Y ¿qué ocurre a este respecto en América Latina? Coexisten, en configuraciones singularmente tensas, modulaciones del solucionismo tecnológico, referencias críticas al neoextractivismo, debates entre neodesarrollistas y promotores del posdesarrollo, agendas de transición hacia el posextractivismo, reivindicaciones identitarias, una noción potente como Buen vivir (con sus variantes), feminismos visibles y potentes, todo lo cual parece indicarnos que esas emergencias, esas escalas, también se dicen, con matices que a veces pueden ser más que matices, entre nosotros.

Cuando pienso en América Latina en estos registros no puedo evitar recordar un par de consideraciones vertidas por Pedro Henríquez Ureña en su ensayo “El descontento y la promesa”, publicado en 1928, aunque pronunciado como conferencia un par de años antes:

Cada fórmula de americanismo puede prestar servicios (por eso les di a todas aprobación provisional); el conjunto de las que hemos ensayado nos da una suma de adquisiciones útiles, que hacen flexible y dúctil el material originario de América. Pero la fórmula, al repetirse, degenera en mecanismo y pierde su prístina eficacia; se vuelve receta y engendra una retórica.

También:

Y, de generación en generación, cada pueblo afila y aguza sus teorías nacionalistas, justamente en la medida en que la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo. A cada concesión práctica va unida una rebelión ideal. (Henríquez Ureña, 1998 [1928])

Son consideraciones de gran interés, que combinan sabiamente —desde aquí y para nosotros— dos imágenes clave: por un lado, la degeneración de las fórmulas identitarias en recetas retóricas; por otro, la contraposición entre el afán de vindicación identitaria (rebeliones “ideales”) y la uniformización derivada de los avances científico-tecnológicos (concesiones “prácticas”). Luego, ante cada una de las novedades que despuntan, cabe preguntar: ¿se trata de modas pasajeras? ¿de reparaciones que siguen una lógica cíclica? ¿de polaridades transhistóricas? ¿o, como sugiere el segundo pasaje antecitado, de tendencias irrefrenables (“la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo...”) a las que nos oponemos con obstinación pueril? En Henríquez Ureña, la “ventaja” parecía ya ubicarse del lado de la uniformización creciente, que podría decirse hoy, cien años después, de varias maneras: occidentalización, globalización, crisis civilizatoria y, más allá, borramiento del hombre digamos clásico del humanismo y, más allá todavía, la extinción. Pero entonces, ¿América Latina...?

A veces el arte puede sernos de ayuda. Escuchar, por ejemplo, a los poetas que tematizan rabiosamente los anhelos de dignidad, bordando las contrafiguras de lo deseable sobre canevás trágicos; o revisar nuestra literatura distópica, tan profusa en las últimas décadas (véase Croce, 2018); o mirar experimentos como *Mnémora (pueblo, poder y tiempo)*, film de ciencia ficción realizado por “El culebrón timbal”, colectivo popular del ámbito metropolitano de Buenos Aires; o *Altopía*, un *comic* dado a conocer por la dupla de autores bolivianos Alejandro Barrientos y Joaquín Cuevas, que futuriza sobre El Alto; o *Soma*, una ópera de ciencia ficción, de Darío Duarte, estrenada en Buenos Aires hace poco. Con más o menos “color local”, con más o menos densidades metafóricas, elaboraciones así son arenas donde se despliegan, se recrean y, a veces, se gestan, innovaciones semánticas y simbólicas cruciales.

Analogía y futuro

Es cierto que no hace tanto tiempo despuntaron palabras, tanto “globales” como “latinoamericanas”, que (también) parecían contener las claves del futuro y que fueron siendo arrumbadas por los vientos del tiempo en ubicaciones menos centrales —pensemos, mezclando niveles y registros, en palabras como *New Age*, posmodernidad, globalización e, incluso, en una cláusula como “fin de la historia”. Hoy seguimos acaso viviendo en la posmodernidad, aunque casi sin nombrarla; escuchamos a quienes hablan de desglobalización; dejamos de oír hablar sobre la *New Age* y casi nadie recuerda que la historia había terminado. Vemos nacer nuevos “pos” que a veces se sobreponen a otros previos; asistimos a retornos, como pudieron haber sido, y pueden ser aún, el del populismo o el del Estado; observamos también despuntar “neos”, como pudieron haber sido, y pueden seguir siendo, el neoextractivismo, el neodesarrollismo, ya mencionados antes. Como indicamos, asistimos actualmente a un auténtico festival de novedades lexicales. Ahora mismo, el vocabulario “pandémico” parece estar difuminándose; nada impide que, con más o menos matices, reemerja, o que desaparezca por largas décadas.

¿Qué de todo esto que presenciamos es hojarasca pasajera y qué puede estar expresando transformaciones significativas? Porque se podría pensar que todo esto que vemos y oímos no es

más que una serie de vaivenes de significado opaco, cuyo sentido es difícilmente discernible para nosotros, navegantes en un mar confuso sin ayuda de la perspectiva que otorga la distancia temporal. Pero también se podría argumentar, y ciertamente con fundamento, que las novedades actuales, al enraizar en transformaciones ambientales, tecnológicas y socioculturales de peso, están expresando, de maneras más o menos genuinas, mutaciones sensibles, decisivas: ¿una nueva articulación del tiempo?

¿Todo esto era *así* hace treinta, cuarenta o cincuenta años? ¿Es éste un periodo excepcional o “siempre” sucedieron cosas *como* estas que ahora vemos? ¿Con que otra época podría paralelizarse, analogizarse, nuestro tiempo? ¿Es adecuado o es excesivo decir que estamos viviendo un nuevo “período bisagra” [*Sattelzeit*], en el sentido koselleckiano (aparecen nuevos términos, los anteriores mutan sus sentidos, se rearticula íntegramente el tiempo histórico)? ¿Cómo pensar las conexiones entre una propuesta como la koselleckiana y una tesis como la de François Hartog (2007 [2003]) sobre el cambio de régimen de historicidad y el advenimiento del presentismo...?

Precisamente, el tercer camino de exploración que quiero proponer alude a recuperar el papel de la analogía (al respecto, véase Beuchot, 2000). Se trataría de pensar cómo ha “funcionado” la esfera de las ideas en alguna fase histórica previa, en analogía con nuestro tiempo. Y de hacerlo de un modo especial, es decir, poniendo a trabajar la analogía en procura de responder a la pregunta acerca del surgimiento de “lo inesperado”.

No hace mucho tomé contacto con un estudio de prospectiva geopolítica que argumentaba en contra de la lógica habitual y a favor de la imaginación. Podemos o no acordar con el método, las premisas y los pronósticos de George Friedman —personalmente, no estoy de acuerdo con casi nada de lo que su libro pronostica—, pero nos hace pensar cuando escribe:

En cierto nivel, y tratándose del futuro, lo único de lo que se puede estar cierto es de que la lógica habitual fallará. No existe ningún ciclo mágico de veinte años, ni una fuerza simplista que gobierne este patrón. Sencillamente, lo que en la historia parece permanente y dominante en un momento dado, puede cambiar con una rapidez asombrosa. Épocas van y vienen (...) El análisis político convencional padece una grave falta de imaginación. Supone que las nubes pasajeras son permanentes y no percibe los cambios impresionantes y duraderos que ocurren a la vista de todo el mundo. (Friedman, 2015: 21)

Cabe avanzar unos pasos más, siguiendo en parte todavía a Friedman y sus paralelizaciones entre *circa* 1900 y *circa* 2000, para decir que, más relevante que buscar la reiteración de “lo mismo”, es identificar dónde y cómo pudo surgir otrora lo inesperado, y luego tratar de “aplicar” analógicamente esos hallazgos en nuestro tiempo. Esto, inicialmente propuesto para pensar acerca de procesos geopolíticos, puede sernos de ayuda en nuestro afán de pensar futuros para las ideas.

Por este camino, volvemos a encontrarnos con la cuestión relativa a cómo pensar los ritmos específicamente eidéticos. Aparecen imágenes y metáforas consabidas: el carrusel de las generaciones y las modas, la dialéctica del parricidio intelectual, el “campo” con sus disputas y homologías estructurales. También viene a la mente ciertos rasgos de la época contemporánea que nos invitan a ser extremadamente prudentes a la hora de paralelizar con otros periodos históricos. Me refiero, por ejemplo, a la masificación de la educación superior, con sus múltiples efectos, entre los cuales se cuentan la devaluación de las credenciales y la desestabilización de la figura clásica del intelectual. Me refiero, también, a la profusión y la saturación discursivas, ya observadas por Simmel hace más de cien años, pero acrecentadas a partir de los efectos de las nuevas tecnologías, y

con facetas ambivalentes, toda vez que parecen estar dando lugar a una profusión a la vez polícroma y estandarizada, a una, si cabe la expresión, “diversidad homogénea”, vertiginosa, confusa y desconcertante. Se trata de procesos que no parecen ser fácilmente “reversibles”.

Y, sin embargo, si en nuestras futuriciones nos limitamos a proyectar sin más “tendencias robustas” como las aludidas, nos encontraríamos con una imaginación prisionera de esa reiteración de “lo mismo” que es justo lo que precisamos evitar. ¿Qué sería aquí lo inesperado? ¿Cómo ha despuntado eso inesperado en otros tiempos, en los planos de la cultura, del lenguaje, de las ideas? ¿Cómo podría ser posible salirse de la lógica de lo habitual, de las convenciones, para darle un espacio a la imaginación? ¿Cómo podemos trazar analogías que nos ayuden a captar las emergencias de lo inesperado?

Por lo demás, es sumamente difícil establecer analogías sin partir de un diagnóstico relativamente adecuado de la situación actual. Sin embargo, las caracterizaciones de nuestro tiempo son insólitamente contradictorias. ¿Vivimos en un eterno presente, en el tiempo atemporal del que hablaba Manuel Castells (2000), o habitamos la fugacidad del instante? ¿vivimos en sociedades amnésicas o saturadas de memoria? ¿vivimos en sociedades donde el futuro se ha difuminado y “ha muerto la utopía” o nos rige la utopía eventualmente dislocada del *Homo Deus*, en cuyo seno las limitaciones de la especie serán trascendidas por obra de los avances tecnológicos (*Homo Deus* es el título de un conocido libro de Harari, 2018)? ¿Nos encontramos al borde del abismo (colapso ambiental, guerra nuclear) o en el umbral de alguna nueva plenitud igualitaria e intercultural, la *transmodernidad* dusseliana, por decirlo por medio de un significante rotundo, bien conocido aquí, y cuya condición proyectual, cuasi utópica, ha sido subrayada, entre otros, por Roberto Follari (2021)? ¿O se trataría de ser capaces de pensar *todo* eso a la vez...?

A modo de cierre: poder y deseo

Los afanes anticipatorios no debieran renunciar jamás a la tematización frontal de la problemática del poder y de sus efectos sobre las representaciones acerca del futuro. No es una operación intelectualmente honesta eslabonar oraciones unimembres como si fueran estocadas apodícticas, pero voy a permitirme hacerlo de todas formas: decir el futuro es decir el deseo; quien controla el deseo controla bastante, si no todo; reivindicar la orientación normativa es asumir que, al intentar delinear escenarios de futuro, se va a trabajar sobre el deseo, sobre los deseos sociales.

No vamos a decir algo demasiado novedoso si recordamos que deseo es una noción extremadamente compleja. Tampoco, si recordamos que su núcleo y sus aureolas remiten a las emociones, los gustos, los valores, las preferencias, los sueños, los mitos; desde luego, al descomunal mundo del inconsciente, incluido el colectivo, si es que existe. Algunos hablan de deseo colonizado, de descolonización del deseo. Incluso, hay quienes piensan que por esta línea de reflexión se desemboca en una disputa de naturaleza estética. Puede ser.

Un hallazgo interesante de un libro sobre América Latina que apareció recientemente —todavía en la prepandemia— es que América Latina, a la vez que sigue siendo una de las regiones más desiguales y violentas del planeta, es una de las que hace un uso más intenso de las redes sociales; no hay, empero, un Google latinoamericano ni nada parecido (Calderón y Castells, 2019). ¿Dónde, cómo y para qué se fabrican los deseos y los sueños de esta región desigual, violenta, contradictoria? ¿Tiene sentido volver a plantearse, en el escaldado mundo de 2022, la empresa de visos indudablemente épicos de recobrar algún tipo de control sobre la fabricación de nuestros deseos y sueños? ¿Hay, todavía, deseos que *resisten*? ¿En qué sentidos y hasta qué puntos los

estudiosos de las ideas podemos, desde los acotados recintos desde los que solemos trabajar, realizar aportes significativos asociados a la autonomización y desalienación de los deseos y los sueños? Y, dado lo anterior, ¿cómo podría “garantizarse” la no degeneración en mecanismo-receta-retórica de los pasos efectuados?

Recuperando la mejor tradición latinoamericana de estudios de futuro, cabría sostener que nuestros principales problemas siguen siendo fundamentalmente de naturaleza socio-política, que están estrechamente ligados a la desigual distribución del poder y de recursos (entre países y dentro de ellos), que el principio de su solución pasa indudablemente por la profunda revisión de los términos del pacto social vigente, que difícilmente haya modificaciones sustantivas sin emprender tal revisión, sin avances en la integración regional, sin procurar niveles mucho más significativos de soberanía tecnológica. Puesto así, no es un panorama alentador. Y, sin embargo, sería síntoma de daltonismo o miopía sostener que la América Latina actual adolece de falta de vitalidad cultural. Mi hipótesis aquí es que no hay que descartar que quizá estamos rodeados de deseos/sueños resistentes y de efervescencias extraordinarias, que eventualmente anticipan más de lo que parece, y que a veces nos cuesta ver, en una importante medida debido a defectos de nuestra visión.² Es difícil no volver a recordar aquí, otra vez, a Sergio Bagú, quien en su última obra se refirió, esperanzadoramente, a la capacidad creadora de la multitud anónima.

Hice referencia a América Latina, a sus desigualdades, a las tecnologías, al deseo, a la resistencia, a la esperanza. Aludí a posibles defectos de nuestra visión. Creo que discutir este tipo de cuestiones es clave para futurizar mejor sobre ideas y sobre prácticamente cualquier otra dimensión. Y, fundamentalmente, para seguir avanzando en algo imprescindible: la genuina activación de nuestra imaginación con vistas a la actualización creadora de los horizontes normativos o, en otras palabras, la construcción de una nueva utopía latinoamericana.

Bibliografía

- Bagú, Sergio (1970). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. México: Siglo XXI.
- Beuchot, Mauricio (2000). *Tratado de hermenéutica analógica*. México: Itaca / UNAM.
- Calderón, Fernando y Manuel Castells (2019). *La nueva América Latina*. Santiago: FCE.
- Castells, Manuel (2000) [1996]. “La orilla de la eternidad: el tiempo atemporal”. En *La era de la información: economía, sociedad, cultura*. Madrid: Alianza. Tomo I: La sociedad red.
- Croce, Marcela (2018). “La estrategia del escamoteo: la distopía americana, del Caribe hacia el Río de la Plata”, comunicación presentada en el VI Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de Cuyo. Disponible en: <https://bdigital.uncu.edu.ar/fichas.php?idobjeto=15282>
- Devés, Eduardo y Andrés Kozel (2018). *Estudios eidéticos. Una conversación desde el Sur sobre la vida de las ideas y la reconfiguración de un espacio disciplinar*. Santiago: Ariadna.
- Follari, Roberto (2021). “Trasluz de la modernidad: lo transmoderno no excluye lo posmoderno”. En Ramaglia, Dante (ed.): *Recorridos alternativos de la modernidad (derivaciones de la crítica en el pensamiento contemporáneo)*. Buenos Aires: Teseo.
- Friedman, George (2015) [2009]. *Los próximos 100 años. Pronósticos para el siglo XXI*. México: Océano.

² Abordé algunos de estos temas en un ensayo reciente que intenta articular una vindicación del enfoque civilizacional con una meditación sobre las temporalidades latinoamericanas (Kozel, 2022).

- García, Rolando (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Harari, Yuval (2018). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Buenos Aires: Debate.
- Hartog, François (2007) [2003]. *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- Henríquez Ureña, Pedro (1998) [1928]. “El descontento y la promesa”. En Abellán, José Luis y Ana María Barrenechea (coords.), *P. Henríquez Ureña. Ensayos*. México: Conaculta [Colección Archivos].
- Herrera, Amílcar; Leonel Corona; Renato Dagnino; André Furtado; Gilberto Gallopín; Pablo Gutman y Hebe Vessuri (1994). *Las nuevas tecnologías y el futuro de América Latina. Riesgo y oportunidad*. México: Siglo XXI.
- Herrera, Amílcar; Hugo Scolnik, G. Chichilnisky, G. Gallopin, J. E. Hardoy, D. Mosovich, E. Oteiza, Gilda L. de Romero Brest, C. E. Suárez y L. Talavera (2004) [1977]. *Catástrofe o nueva sociedad. Modelo Mundial Latinoamericano. 30 años después*. Buenos Aires: IDRC-CRID/IIED.
- Ímaz, José Luis de (1968). *Nosotros, mañana*. Buenos Aires: Eudeba.
- Kozel, Andrés (2022). “La esfinge latinoamericana. (Des)pliegues de una ‘todavía-no’ civilización”. En Taboada, Hernán G. H. y A. Kozel (comps.), *En busca de la civilización latinoamericana*. México: CIALC-UNAM.
- Kozel, Andrés y Fabricio Pereira da Silva (orgs.) (2022). *Os futuros de Darcy Ribeiro*. São Paulo: Elefante.
- Kozel, Andrés y María Mercedes Patrouilleau (2016). “La exploración científica del futuro, antes de la última dictadura”. En Biagini, Hugo y Gerardo Oviedo (dirs.) *El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea. Tomo III*. Buenos Aires: Biblos.
- Rees, Martin (2019) [2014]. *En el futuro. Perspectivas para la humanidad*. Bogotá: Planeta.
- Ribeiro, Darcy (1984). “La civilización emergente”. En *Nueva Sociedad*, núm. 73.
- _____ (2013) [1973]. “Venutopias 2003”. En *Ensaio insólitos*. Rio de Janeiro: Fundação Darcy Ribeiro.
- Roig, Arturo A. y Hugo Biagini (2008). “El pensamiento alternativo como esperanza”. En Roig, A. y H. Biagini (dirs.), *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires: UNLa / Biblos.
- Varsavsky, Óscar (1971). *Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Buenos Aires: Periferia.